NÚMERO 55 56 ENERO/DICIEMBRE 2025

Vlady: Back to the USSR.
Notes by Enrique Flores Díaz

Vlady: de regreso a la URSS. Apuntes de Enrique Flores Díaz

CLAUDIO ALBERTANI
Académico e investigador
claudio.albertani@uacm.edu.mx

Abstract

Testimony of someone who witnessed first-hand the trip that Vlady (Petrograd, 1920-Cuernavaca, 2005) undertook to his homeland, from which, at the age of 16, he was forced to leave along with his father, the activist and writer Victor Serge. After 45 years of absence, the Russian-Mexican painter and his companions met some outstanding Soviet personalities, along with other encounters during their stops in Paris and Warsaw.

Resumen

Testimonio de quien fue testigo de primera mano del viaje que Vlady (Petrogrado, 1920-Cuernavaca, 2005) emprendió a su tierra natal, de la que, a los 16 años de edad, fue forzado a salir junto con su padre, el activista y escritor Víctor Serge. Luego de 45 años de ausencia, el pintor ruso-mexicano y sus acompañantes conocieron a algunas personalidades sobresalientes de la URSS, junto con otros notables encuentros durante sus escalas en París y Varsovia.

Conocí a Enrique Flores a principio de la década de 1990. Él trabajaba en la sección internacional del periódico *El Financiero* y yo le entregaba los artículos que escribía en calidad de reportero de Noticias de Guatemala, una agencia que narraba los sufrimientos de los pueblos indígenas en aquel desdichado país. Nos caíamos bien y un día, platicando, me comentó algo sobre el padre de Vlady, Victor Serge, a quien ambos admirábamos. Agregó que él era sobrino de Isabel, la esposa del pintor ruso-mexicano, y que había vivido muchos años con sus tíos en la adolescencia.

De hecho, Vlady no solo lo había formado culturalmente, sino que lo había encaminado al periodismo. Fue como un rayo: yo recién había conocido a Vlady, lo frecuentaba asiduamente y empezaba mis pesquisas sobre la vida de su padre. A partir de ese momento, el lazo de amistad con Enrique se fortaleció enormemente y empezamos a vernos con regularidad, ya fuera en mi casa en Tepoztlán o en la casa del pintor en Cuernavaca.

Fue así como me enteré de que, en 1981, Enrique había acompañado a Vlady en su primer viaje de regreso a la URSS, tras décadas de destierro. Poco después, fui a vivir a Italia con mi familia y por una serie de hechos fortuitos ya no tuve contacto con Enrique, quien, a su vez, se alejó de sus tíos, de manera que, cuando regresé, lo perdí de vista. Hace algún tiempo, afortunadamente, volvimos a encontrarnos gracias a un amigo común, Cuauhtémoc Ruiz. Entonces, me atreví a pedirle que pusiera por escrito sus recuerdos de aquel viaje memorable a la URSS, en compañía de Vlady e Isabel. La crónica que presentamos no tiene desperdicio: es una aportación invaluable a los estudios vladianos. ¡Buena lectura!

Enrique Flores Díaz, Vlady, Isabel Díaz, Juan Díaz, Patricia Barreto, Claudio Albertani, Richard Greeman, Alma García Collado y Larisa Ximena Flores García, junto a la máscara mortuoria de Víctor Serge. Cuernavaca, *ca*. 1992.

Apuntes de viaje

Enrique Flores Díaz

En mayo de 1981, a mis 21 años de edad, emprendí un viaje a Europa acompañando a mis tíos Isabel y el pintor ruso-mexicano Vlady (Vladimir Kibálchich Rusakov). La primera parada fue París, donde se celebraban en el Museo Georges Pompidou las jornadas culturales México-Francia, auspiciadas por el gobierno galo e impulsadas por la inteligente y agraciada Mercedes Iturbe, a la sazón directora del Instituto Franco-Mexicano.

Al encuentro asistieron personajes tales como Juan Rulfo, Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arreola, Fernando Benítez y los pintores Vlady, José Luis Cuevas, Gunther Gerzo, Carlos Nakatani (hermano del cantante Yoshio), Antonio Saura (*fratello* del cineasta español Carlos Saura) y otras celebridades más. El cónclave, meticulosamente organizado por la crítica de arte y promotora cultural, fue un éxito. Para clausurar las jornadas, Iturbe, amiga de mi tía Isabel, ofreció una fiesta —en ese entonces había presupuesto para mucho— a los invitados franceses y a la tropa mexicana. En el *guateque*, muy a la mexicana, se bailaron chachachá, cumbia, mambo, rocanrol y hasta rancheras en una noche-madrugada en pleno París.

Ya desatados los ímpetus aderezados con los placeres etílicos, el extrovertido y conversador Arreola —a quien Carlos Fuentes dijo un día: "Arreolas somos y en el camino andamos"— se daba vuelo con un mambo que enseñaba a bailar a una rubia francesita, mientras yo alternaba, una y otra vez, con las dos hijas cuarentonas del escritor. Mientras, desde una esquina, el taciturno y tímido Juan Rulfo observaba copa en mano. En una de esas, precisamente una "calmadita", Iturbe se me acercó con una cámara fotográfica lista para disparar, y se dirigió a sacar a bailar al autor de *El llano en llamas*, quien se resistía y atrancaba, pero que finalmente cedió a la demanda de la mujer que ostentaba un vestido blanco semitransparente, a través del que se adivinaba una breve braga que embridaba una curva y prominente grupa.

Años después, cuando Víctor Roura, jefe de la Sección Cultural de *El Financiero*, se aprestaba a publicar un artículo de Mercedes Iturbe titulado "El día que saqué a bailar a Juan Rulfo", acompañado con una foto, le dije: "esa yo la tomé". Roura lo consultó con Iturbe, quien le corroboró mi dicho. Así fue como se publicó la insólita placa del tímido autor de *Pedro Páramo* bailando —casi de "cartoncito"— con la promotora cultural.

El 10 de mayo de 1981 aconteció el esperado triunfo del socialista François Mitterrand, quien arrojó del poder a la derecha francesa, encabezada en ese momento por Valéry

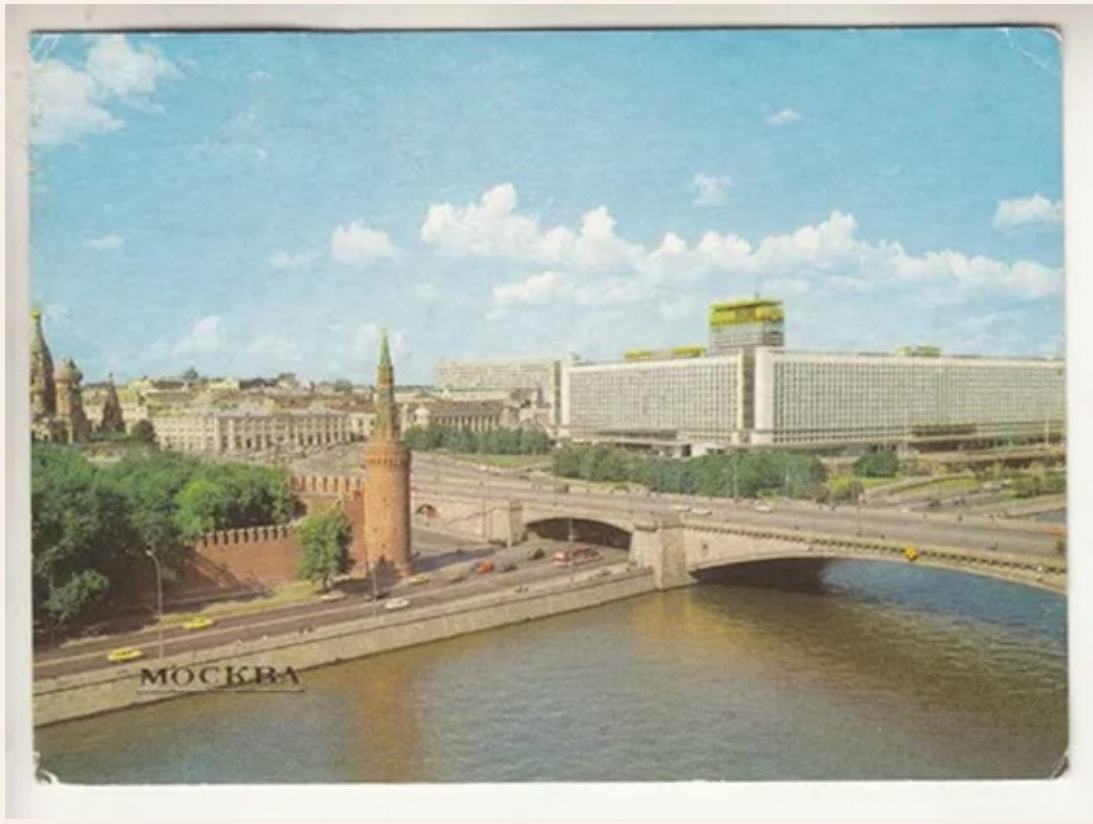
Giscard d'Estaing. Hice una crónica del acontecimiento, publicada en el periódico en el que trabajaba. Parafraseando al escritor Ernest Hemingway, "París era una fiesta". Vlady, Isabel y yo, acompañados por el pintor Nakatani, nos perdimos entre una multitud que bailaba y bebía hasta la madrugada, y atiborraba eufóricamente las calles parisinas para festejar la victoria socialista. Tiempo después, Mitterrand, que en su juventud conoció al revolucionario y escritor Víctor Serge, padre de Vlady, recibiría en el Palacio del Elíseo al pintor ruso-mexicano.

El prestigiado escritor, periodista y editor francés François Maspero, amigo de Vlady y editor de la obra de Serge, fue hijo de un héroe de la resistencia durante la ocupación nazi en Francia, que murió en el campo de concentración de Buchenwald; su madre, también presa, milagrosamente sobrevivió. Maspero, traductor de Joseph Conrad y de varios autores, fue conocido por publicar a escritores de izquierda y por su cercanía con Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Michel Foucault, entre otros intelectuales. Maspero dio a Vlady sendas cartas y unas botellas de whisky para entregar en Varsovia a sus amigos, el disidente comunista polaco e inspirador de las luchas del sindicato Solidaridad, Jacek Kuroń (conocido como el Václav Havel polaco), y al cineasta Andrzej Wajda, director, entre otras grandes películas, de *El hombre de mármol* y *El hombre de hierro*.

Antes de ir a Polonia, viajamos a la tierra natal de Vlady, luego de casi cincuenta años de exilio, tras haber sobrevivido, junto con su padre Serge, su madre y su hermana, a la persecución estalinista y al confinamiento en un centro de detención forzosa en Orenburg, una inhóspita y lejana región del sur de Rusia.

Durante el viaje a Moscú, en un austero avión pintado en interiores de color naranja —que daba la sensación de estar en un vagón del Metro mexicano—, Vlady experimentó una especie de catarsis; vinieron a su mente pasajes de recuerdos de sus antepasados revolucionarios, entre ellos el de su pariente Nikolái Kibálchich, el científico que fabricó las bombas para ejecutar al zar Alejandro II, por lo que fue llevado a la horca. De su infancia y juventud recordaba a su abuelo materno, el anarquista Iván Rusakov, quien había sido cercano a Néstor Majnó, el legendario guerrillero anarquista ucraniano que comandó un ejército de hasta cincuenta mil hombres y que, se dice, fue traicionado por Trotsky, quien rompió un acuerdo tras combatir a los ejércitos "blancos" durante la guerra civil rusa.

También venía a su mente la brutal persecución estalinista que hizo perder la razón a su madre, Liuba Rusakova, quien sufrió los primeros ataques de esquizofrenia durante el trayecto en el tren que los llevaría a salvo a Francia. Asimismo, rememoraba Vlady el periodo bolchevique de Serge y la vez que, cuentan, el pintor orinó a Lenin cuando éste lo cargó siendo un bebé. También recordaba las tertulias y bohemias durante su infancia en casa de los Rusakov que amenizaba su tío Marcel, compositor de música clásica.



Todas esas historias ya me las había compartido durante mi adolescencia. Eso y más asaltaba la conciencia del pintor durante el periplo aéreo a su antigua patria. Así las cosas, terminamos el vuelo y aterrizamos en Moscú en junio de 1981, en una URSS lidereada por Leonid Brézhnev y los demás *apparatchiks* soviéticos.

El arribo de Vlady a suelo ruso fue considerado de alguna forma como "el regreso del hijo pródigo" por la *intelligentsia* artística e intelectual soviética contemporánea. De inmediato los escritores y artistas lo acogieron y lo invitaron a tertulias culturales. El laureado poeta Yevgueni Yevtushenko, también llamado Yenia, le ofreció a Vlady una comida con la presencia de escritores soviéticos, muy dados al paroxismo y grandes bebedores de vodka que a menudo se agarraban entre ellos a "poemazos", válgame la jitanjáfora. Terminada la comilona, Yenia, quien había vivido en Cuba, se paró sobre una silla y declamó con frenesí una pieza poética que compuso al Che Guevara, su amigo. El poeta Andréi Voznesenski, díscolo y huraño, enemigo de Yevtushenko —al que consideraba un arribista—, también compartió "el pan y la sal" con Vlady. Ambos poetas soviéticos habían sido invitados en el pasado por Octavio Paz a un festival de poesía realizado en Morelia, México. Yenia tenía

una relación ambigua con el régimen soviético, que lo vigilaba y al que el poeta en ocasiones retaba, pero cuando amenazaban con castigarlo se hincaba histriónicamente y pedía perdón con desparpajo y desvergüenza.

Los pintores soviéticos también invitaron a Vlady a veladas en las que campeaba el vodka y le mostraban sus obras de caballete. Con anticipación, Maspero había gestionado un encuentro entre Vlady y el mítico cantante, compositor, poeta y actor Vladimir Vysotsky, aclamado por los soviéticos por considerar que entrañaba el "alma rusa". Había mostrado especial interés por conocer a mi tío, pero cuando Vlady llegó a Moscú, su tocayo había muerto de un infarto repentino. Vysotsky fue proscrito y rehabilitado muchas veces por el régimen soviético.

Pese a estar prohibido, su popularidad era inmensa; haciendo un símil con México, Vysotsky era para los soviéticos una especie de fusión entre Pedro Infante y José Alfredo Jiménez. Las canciones del cantautor y poeta ruso estaban impregnadas de melancolía y misticismo, y sus metáforas entrañaban una subyacente resistencia al régimen totalitario, lo que llegaba con poderío al corazón y alma de millones; su última esposa, la famosa actriz francesa Marina Vlady, de antepasados rusos, recordaba que, en verano, desde las ventanas abiertas de los hogares soviéticos salía las voz melancólica y poderosa de león de Vysotsky, que estaba vetado por las disqueras del Estado. Con la aparición de los casetes se pudo acceder más fácilmente a sus canciones, volviéndolo aún más popular. Con los años, el mítico bailarín Mijaíl Barýshnikov le rendiría, con una emotiva presentación, un merecido homenaje a Vysotsky, que se puede encontrar en YouTube.

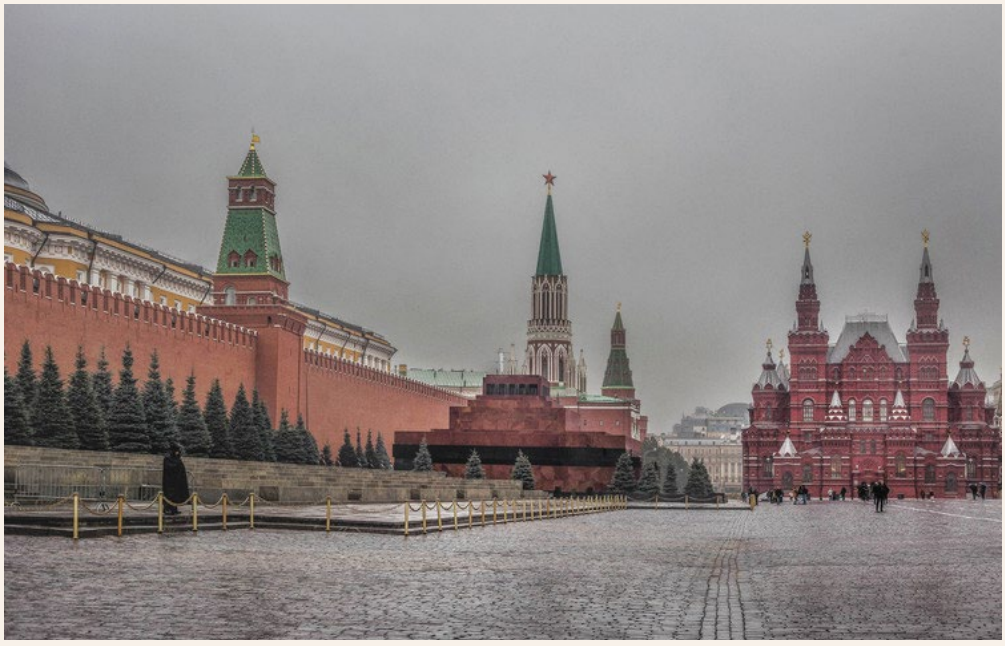
Cuando llegamos al Teatro La Taganka —el Bellas Artes del teatro ruso— en Moscú, Vlady solo pudo hallar un inmenso retrato de Vysotsky, coronado con un gran moño negro y adornado con un arreglo de rosas rojas. La entrañable amiga y compañera de trabajo de Vysotsky, bajo la égida ambos del connotado director teatral Yuri Liubímov, la actriz Alla Sergeyevna Demidova, considerada una especie de María Félix y Dolores del Río del teatro y el cine soviéticos, recibió con calidez y afecto a Vlady en el teatro.

Sobre La Taganka pesaba una leyenda negra; entonces era *vox populi* que durante los procesos de Moscú, a finales de los años treinta del siglo XX, sus sótanos fueron utilizados como centro de tortura por la policía política estalinista. Alla Demidova tenía un ganado prestigio en la URSS y en el ámbito internacional, pues poseía una técnica actoral única y su destreza era notable en escena; había sido dirigida durante años por los mejores directores de teatro y cineastas soviéticos, incluido Andréi Tarkovsky. Su participación protagónica en obras teatrales es incontable y su filmografía es amplísima. Alla nos invitó a la representación estelar de *Las tres hermanas* de Chéjov. Vlady fue el huésped especial. La representación creaba un ambiente escénico en el que subyacía de forma metafórica

la tristeza y la resistencia del pueblo soviético ante la opresión totalitaria. En la última escena de la pieza, el muro del fondo del escenario descendió lentamente —mediante un mecanismo automatizado apoyado por pilotes— y de pronto los rayos púrpuras de un sol agónico cegaron fugazmente a los espectadores. Pero de inmediato aparecieron las coloridas cúpulas de la Catedral de San Basilio —contruida por el zar Iván el Terrible— y el personaje de Alla Deminova dio fin a la obra con una emotiva aclamación: "Esto es Moscú".

Alla nos invitó a comer un par de veces a restaurantes moscovitas; la vimos intercambiar con los meseros boletos de entrada a La Taganka por latas de caviar, que compartió con Vlady, en una URSS donde proliferaba el mercado negro. Los prestigiados Demidova y Visotsky, la mancuerna célebre, prohijados y protegidos desde sus inicios por el genial director de teatro Lubímov, siguen siendo hasta ahora un referente en las artes escénicas rusas. La despedida entre Alla y Vlady fue emotiva y con la esperanza de un futuro reencuentro, que nunca se dio.

Durante la breve estancia en suelo ruso, Vlady fue sometido a una discreta vigilancia del gobierno. Aún pesaba el pasado de su padre Serge como oposicionista, trotskista y antiestalinista. De hecho, en la calle, una "amigable" persona se acomidió a pasearnos por Moscú en su austero Lada, el auto soviético más popular. Desde nuestra llegada habíamos percibido cierta supervisión. Dijo llamarse Mijaíl Kornikov y haber estudiado historia. Se consideraba experto en las guerras mundiales y en la Revolución rusa. A petición de



Vlady, el "buen Misha" (nos sorprendimos de improviso llamándolo así, pues era realmente simpático el tipo) nos trasladó al cementerio de Peredélkino, cercano a Moscú, donde reposan los restos del perseguido político, poeta y novelista Boris Pasternak, cuya tumba está en medio de las de sus dos adoradas esposas, Zinaida Nikolajevna y Evgeniya Lurge.

Pasternak recibió el Nobel de Literatura y se vio obligado a rechazarlo por la violenta presión de la KGB y las autoridades soviéticas; su novela *El doctor Zhivago* fue llevada al cine bajo la dirección de David Lean, protagonizada por Omar Sharif y Julie Christie, con Geraldine Chaplin y un gran reparto. Cuando estuvimos frente a la tumba, el panteonero estaba colocando flores frescas en tributo al escritor; hizo pronta amistad con Vlady y le declamó exaltado un par de poemas de Pasternak. Así son los rusos. Al igual que Misha, el sepulturero dijo ser lector de Máximo Gorky. En respuesta, Vlady contó cuando de niño fue con su padre a una cita con su amigo Gorky, a la que llegó el autor de *La Madre* acompañado de un impresionante perro galgo ruso, conocido como caza-lobos.

El cuarentón, parlanchín y simpático Misha —acaso sean las cualidades de un buen espía— también nos llevó a un concierto del más popular grupo de rock moscovita, que nos ensordeció con sus estruendosos choques intermitentes de platillos, como si se tratara de un espectáculo circense en el que estuviera a punto de salir a escena un oso ruso. Así era la particular interpretación ingenua de los roqueros rusos de sus pares occidentales, tras la entonces infranqueable Cortina de Hierro.

Por fin llegamos a San Petersburgo —que cambió su nombre a Leningrado en 1924—, la ciudad donde nació el pintor Vlady en 1920, en plena guerra civil. Ahí experimentamos al borde del majestuoso río Nevá "las noches blancas", periodo de varias semanas, entre mayo, junio y julio, en que no se pone completamente el sol, lo que nos invitaba a un forzada y agradable vigilia. Esta mágica atmósfera inspiró a Fiódor Dostoievski a escribir su célebre novela *Noches blancas*. El kilométrico borde del Nevá fue construido con granito rojo mandado traer a lomo de hombre desde el Báltico por el zar Pedro el Grande, filogermánico que ordenó construir San Petersburgo a imagen y semejanza de las ciudades alemanas.

Vlady también fue acogido con beneplácito por los artistas soviéticos en Leningrado. En una cena con pintores, escultores y músicos —en la que, otra vez, corría en abundancia el vodka— fue recibido con emotivos hurras, se tocaron piezas de música culta y se mostraron obras de los artistas plásticos ahí presentes, siempre en una atmósfera de exaltación típica de los rusos. La recepción fue organizada por el reconocido pintor Gaga y su esposa, la escultora Lara Grigorievna, de esbelta y elegante belleza de ascendencia tártara.

Sobre las aguas plomizas del Nevá —el cual tuvo que levantar su imponente puente que se unía a mitad del ancho río para dejar pasar la embarcación, no sin antes dejar sonar una

hiriente y ululante sirena— hicimos un recorrido en un pequeño barco hasta el Báltico, donde visitamos el palacio de la zarina Catalina la Grande.

En Leningrado visitamos, entre otros lugares, el Museo Hermitage, la Fortaleza de Pedro y Pablo y el colegio para señoritas Smolny, donde los hambrientos soldados rojos bolcheviques comieron caviar durante la Revolución, pues fue lo único que encontraron al interior del aristocrático e histórico edificio.

En territorio soviético se respiraba un ambiente de opresión, tristeza y soterrado enojo social. La gente se refugiaba en un oculto misticismo religioso en respuesta al ateísmo impuesto por el régimen. Los fines de semana en Leningrado y Moscú se observaban grandes filas para recibir la ración de vodka que daba el gobierno, como si fuera la mexicana leche de la Conasupo, para tener satisfecho —y evitar inconformidades— al pueblo, que ya acusaba un pronunciado alcoholismo. Algunos críticos, escasos, denunciaban en privado a los líderes comunistas por incentivar el "alcoholismo social" para alienar, controlar y manipular a la población.

Así fue como Vlady abandonó nuevamente, tras esa breve visita, a su antigua patria, cuya revolución fue traicionada por Stalin y sus compinches, que desaparecería del mapa mundial, como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, tras la renuncia de Mijaíl Gorbachov en 1991.

Llegamos a Varsovia a finales de junio de 1981 en plena efervescencia política provocada por el ascenso del sindicato Solidaridad, dirigido por Lech Walesa. Polonia atravesaba por una grave crisis económica, con escasez de alimentos, desbordante inflación, especulación, delincuencia y creciente mercado negro. En las calles se daba el pillaje y cientos de ciudadanos polacos defraudaban a visitantes y turistas cuando intercambiaban sus devaluados zlotys por dólares. Decenas de prostitutas deambulaban por la ciudad vieja y ofrecían sus servicios. En el Hotel Polonia, donde nos hospedamos, jeques y magnates petroleros árabes departían en los amplios salones del lugar y hacían valer el poder adquisitivo de sus dólares para pagar la compañía y favores de bellas jóvenes polacas, en una velada prostitución solapada por los funcionarios del lugar.

En las calles de Varsovia, miles de personas ofrecían diferentes productos y objetos, desde collares y piezas de ámbar polaco hasta joyas, pieles de zorro plateado y antigüedades. La corresponsal de la agencia de noticias TASS, Julia Kowalsky, recibió a Vlady en el hotel y nos paseó en los siguientes días por la ciudad, incluida la zona del río Vístula, que fue el que marcó la división de la urbe durante la invasión militar alemana y soviética, tras el acuerdo entre Hitler y Stalin.

Decidimos —Vlady, Isabel y yo— asistir a cuantas reuniones y mítines del sindicato de Solidaridad pudimos. En todos estos cónclaves, las sesiones comenzaban desplegando un evidente fanatismo católico: los participantes se arrodillaban, ponían los brazos en forma de cruz, rezaban —como verdaderos cristeros mexicanos— y proferían alabanzas al papa Juan Pablo II; muchos de los asistentes mostraban su simpatía al recién estrenado presidente estadunidense, el ultraderechista Ronald Reagan, quien junto con Karol Wojtyla y la CIA tenían metidas las narices hasta el fondo en el movimiento sindical y político de Polonia, donde provocaron por primera vez un gigantesco hoyo a la hasta entonces impenetrable Cortina de Hierro, lo que devino después en todos los asombrosos acontecimientos históricos que desembocaron en la defenestración del régimen comunista polaco, el derrumbamiento del muro de Berlín, la caída de los Estados comunistas de Europa central y del este y, finalmente, la desaparición de la URSS de la órbita del mundo.

Con un par de botellas de whisky Johnny Walker etiqueta negra ("Juanito, el caminante") llegamos al departamento del influyente historiador, político y sindicalista polaco Jacek Kuroń, quien nos recibió con semblante afable en un rostro rudo y chato que parecía el de un viejo boxeador retirado. Hijo de padres socialistas, desde muy joven perteneció al Partido Obrero Unificado de Polonia —comunista—, pero siempre fue un implacable crítico; había encabezado en su juventud las protestas estudiantiles reprimidas por el régimen de Marzo de 1968, muy a tono con lo que sucedía en el mundo con el Mayo Caliente parisino, la Primavera de Praga y las protestas estudiantiles mexicanas.

Había escrito, junto con Karol Modzelewski, "La carta abierta al partido", en la que denunciaron en 1964 "a la burocracia parasitaria comunista que explotaba a los trabajadores, se apoderaba del Estado y el partido, para favorecer su monopolio de poder", posición que se asemejaba entonces a los postulados de algunos trotskistas europeos. Con el tiempo, Kuroń pasaría de crítico del sistema e impulsor de una posible reforma del partido, a un ferviente enemigo del régimen comunista que lo llevó desde siempre a breves estancias en la cárcel. El Václav Havel polaco se convirtió en el inspirador, propagandista y teórico del movimiento sindical de Solidaridad y principal asesor de Walesa. Tras la caída del sistema comunista fue dos veces ministro del Trabajo y candidato a la presidencia de Polonia.

La velada con Kuroń, bebedor fuerte, en la que él y yo le dábamos un buen llegue a las botellas de whisky —ante las miradas abstemias de Vlady e Isabel—, se tornaba cada vez más interesante y durante la charla-entrevista que le realizábamos el pintor y yo, él se seguía considerando socialista, negaba que lo que sucedía en su país fuera una "revolución política" que iba a provocar la caída de los parasitarios burócratas comunistas y que la nación se fuera a convertir en un verdadero y democrático socialismo. "Es demasiado tarde, Polonia

va lamentable e inevitablemente a la restauración del capitalismo, lo que finalmente provocará el derrumbe de los burócratas de los países de Europa central y del este, la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS", predijo atinadamente esa noche de junio de 1981 en Varsovia.

La entrevista sería publicada en el diario mexicano *unomásuno*. Ya de madrugada, la despedida de Kuroń fue cálida y se selló con un fuerte abrazo a Vlady. Posteriormente tuvimos una entrevista con el cineasta Andrzej Wajda, la cual se centró, entre sorbo y sorbo de whisky, en la película que estaba filmando en ese entonces con la participación de Lech Wales, *El hombre de hierro*, secuela de *El hombre de mármol*.

De regreso a París, Vlady nos llevó al Café de Flore, ubicado en Saint Germain-des-Prés, donde él, siendo muy joven, se reunía junto con Serge, con el padre del surrealismo, André Bretón, y sus compañeros dadaístas y surrealistas. Ahí nos contó cómo, en el puerto de Marsella, haciendo fila para abordar el barco que los traería como refugiados a México, un soldado nazi los encañonó con su fusil y amenazante preguntó: "¿Son judíos?". A lo que Serge, para proteger a Vlady, contestó: "No tenemos ese honor". Durante décadas, el Café de Flore tuvo entre sus comensales a destacados personajes como Hemingway, Fitzgerald, Capote, Camus, Duras, Sartre, Beauvoir, Apollinaire, Durrel, Vargas Llosa, García Márquez y hasta el mismísimo Rey Lagarto, Jim Morrison, cuya tumba conocí en París.

Así las cosas, regresamos a México.

CLAUDIO ALBERTANI

Periodista y profesor en la carrera de Historia y Sociedad Contemporánea de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Fundador del Centro Vlady de la misma institución. Su libro más reciente es *Rebelión y anarquía. El joven Víctor Serge (1890-1919)*.

ENRIQUE FLORES DÍAZ

Periodista mexicano. Ha colaborado en periódicos como *El Financiero*, *La Jornada* y *unomasuno*.